

Luisa Ballesteros Rojas
La femme écrivain dans la société
latino-américaine

Editions L'Harmattan, París, 1994, 320 pp.

Helena Araújo
 Lausanne, Suiza

¿Qué les sucede a los catálogos de consulta de las bibliotecas parisienses? fue lo primero que me pregunté al iniciar la lectura de *La Femme Écrivain dans la Société Latino-américaine*, de Luisa Ballesteros Rojas. Editada en París recientemente, esta obra que pretende ser a la vez antológica y proselitista, resume (según el comunicado de prensa) una tesis de doctorado dirigida por Jean-Paul Duviols, que firma el prólogo. Un libro indispensable, dice Duviols al comenzar. Escrito, reitera la autora en su introducción, para colmar "la ausencia de un estudio general sobre las escritoras latinoamericanas". ¿Qué les sucede a los catálogos de consulta de las bibliotecas parisienses? vuelvo a preguntar. ¿Acaso no les funciona la red informática? Estudios generales sobre las escritoras latinoamericanas se han publicado ya. El hecho de que muchos se hayan elaborado en equipo, no justifica que se les ignore en la Sorbona y que falten, lamentablemente, en la bibliografía alfabetizada de la obra que comentamos. Que su autora no haya tenido acceso, por ejemplo, al volumen prologado por Monserrat Ordóñez y editado hace cinco años por Siglo XXI en México, Buenos Aires y Bogotá, resulta tan inexplicable como que desconozca, entre otros, los libros de Celia Zapata (1980), Patricia Elena González (1984) o Juana Arancibia (1985). Estas referencias, sumadas a las de los múltiples coloquios y publicaciones

de los últimos quince años, le hubieran sido muy útiles. Lo cierto es que sobre las escritoras latinoamericanas se ha publicado bastante últimamente, tanto que se ha organizado congresos y editado libros en torno a las argumentaciones metodológicas de la crítica literaria que las analiza¹. Seguramente por no haber podido consultar esas fuentes, Luisa Ballesteros se empeñó en asumir una labor antológica y bibliográfica que por lo vasta resultó utópica. En efecto, ¿cómo embutir en 250 páginas la producción femenina latinoamericana de más de tres siglos?

Antes de comenzar, la autora tendría que haber perfilado mejor su foco de estudio y establecido prioridades. ¿Inadvertencia de su director de tesis tal vez?

No está por demás añadir, sin embargo, que el entusiasmo de Luisa Ballesteros por el tema tratado y su familiaridad con ciertas monografías consagradas a las grandes figuras pioneras la sacan adelante en los primeros capítulos. Un estilo espontáneo, más periodístico que académico, hace amena su lectura. Si es cierto que no aporta mucho a lo ya archisabido sobre las ilustres monjas de la colonia o las *femmes de lettres* que las suceden, su capacidad de combinar el dato biográfico con la circunstancia social y el momento político le permite introducir a tiempo las citas textuales y dosificar la sinopsis de las obras estudiadas. Así, avanza con facilidad hasta los umbrales de este siglo, incurriendo tan sólo en una que otra omisión. Entre ellas, la de Jerónima Nava durante la Colonia y la de Josefa Acevedo de Gómez, casi en la misma época en que también escribió Soledad Acosta de Samper sus relatos, novelas y artículos, no un único libro histórico, como lo pretende Luisa Ballesteros. Estos lapsos, de parte de una colombiana, nos sorprenden tanto como su poco interés por Juana Manuela Gorriti, a quien apenas cataloga de paso entre las indigenistas, sin rendir homenaje a la gran polemista

1 Entre éstas, la compilación de Hernán Vidal es tal vez la más importante. Se titula *Bases culturales e históricas para la crítica feminista hispánica y luso-brasileña*. (Universidad de Minnesota, Minneapolis, 1989, 653 pp.). En cuanto a los estudios generales sobre escritoras latinoamericanas, están, entre otros, *Escritoras de hispanoamérica, una guía bio-bibliográfica*. Compilación de Diana Marting, prólogo de Monserrat Ordóñez. (Siglo XXI Editores, Bogotá, 1990, 637 pp.). *Evolución de la literatura femenina de Latinoamérica*, Juana Alcira Arancibia (San José, Costa Rica, Instituto Literario y Cultural Hispánico, 1985). *La sartén por el mango*, Edición de Patricia Elena González y Eliana Ortega (Ediciones El Huracán, Puerto Rico, 1984). *Detrás de la reja*, Celia Correas de Zapata (Monte Ávila Editores, Caracas, 1980). Paralelamente a estos trabajos colectivos, hay monografías o ensayos que conciernen sobre todo a las escritoras del siglo XX. Entre otras, *De la intimidad a la acción*, Aralia López González, (UAM - Iztapalapa, México, 1985), y *La scherezada criolla*, Helena Araújo, (Universidad Nacional, Bogotá, 1989). Paralelamente a estas ediciones en español han venido publicándose una serie en inglés en Estados Unidos, entre las cuales se destacan la de Gabriela Mora (Ypsilanti, bilingual Press, 1982) y la de Lucía Guerra (Latin American Literary Review Press, 1990).

ta, política, periodista y pionera de la literatura fantástica conosureña².

Poetas del amor llama Luisa Ballesteros a las famosas modernistas contemporáneas de Dardo. Resumiendo hábilmente lo escrito sobre ellas, las presenta y las traduce con delicadeza. Al finalizar estas páginas, queda, sin embargo, la incógnita de por qué, luego de haber agregado a la lista de siempre (Mistral, Agustini, Ibarbourou, Storni) el nombre de Vaz Ferreira, no incorporó, para epilogoarla, el tal vez más valioso de Clara Silva. Por suerte, al abordar la narrativa, surgen menos riesgos del *embarras du choix*. En Latinoamérica, la novela llega tarde: para el sur está bien comenzar con María Luisa Bombal. Es de lamentar que, en el texto que le dedica, la autora incurra en una extrapolación desafortunada con respecto a las letras francesas, al atribuir a la protagonista de *La última niebla* afinidades existencialistas sartreanas. Que el autor de *La Nauseé* y la joven narradora chilena hayan sufrido ambos del "mal de este siglo", resulta un tanto improbable. ¿Se deberá este lapso a una convicción personal de Luisa Ballesteros?

Infortunadamente, a medida que avanzamos en esta visión panorámica de la producción literaria femenina latinoamericana, los lapsos debidos a convicciones personales de la autora se repetirán más y más. Su intento de hilvanar con un hilo que conduzca de mujer a mujer y de país a país, produce a veces efectos insólitos. Así, por ejemplo, cuando pretende asemejar la obra de Silvina Ocampo a la de Clarice Lispector o cuando se refiere a Angélica Gorodisher como contemporánea de Cecilia Meireles. En general, su habilidad para ampliar, explicitar o interpretar los textos críticos sobre cada autora, tiende a disminuir en cuanto se aproxima a testimonios y ficciones más actuales, resignándose a las pocas referencias que pueden ofrecerle una biografía, un ensayo, o un artículo. Entonces, a pesar de valerse de datos, anécdotas o citas textuales, no puede disimular que un discurso ajeno la inspira. Así, por ejemplo, Dellepiane con respecto a Angélica Gorodisher, Cobo Borda con respecto a Marta Traba o Castilho y Felgine

con respecto a Victoria Ocampo. Y... hablando de Victoria Ocampo, ¿por qué haber excluido de las páginas que le consagra los nombres de compañeras suyas tan sobresalientes como Luisa Mercedes Levinson y Gloria Alcorta? Después vendría la generación brillantísima de Griselda Gámbaro, Beatriz Guido, y la de otras tanto más jóvenes como Alejandra Pizarnik, Luisa Valenzuela, Luisa Futoransky, Alicia Dujovne... todas ya traducidas al francés y aparentemente olvidadas en esta antología.

Ahora bien, si los capítulos sobre la Revolución Mexicana y la narrativa peruana están bien documentados, el que concierne a los países andinos es pobre. Venezuela se reduce a Teresa de la Parra, se diría que ninguna narradora posterior hereda sus dotes novelísticos. La importantísima Antonia Palacios no figura ni siquiera en el índice final del libro. Luego, las páginas dedicadas a Colombia dejan mucho que desear. El deslumbramiento por Flor Romero como narradora de la violencia tiende a opacar otras que interpretan con talento esa etapa trágica de la vida colombiana. ¿Por qué, si en su bibliografía general Luisa Ballesteros incluye el Manual de Literatura Colombiana publicado por Procultura hace pocos años, no lo consultó para verificar ciertos datos? De haberlo hecho, se habría enterado de que Fanny Buitrago publicó en 1970 una gran novela sobre la violencia, tema que inspiró también a Alba Lucía Ángel una importante obra testimonial sobre el mismo tema. A otro nivel, tendría que haber reconocido también en Elisa Mujica una creadora de ficciones célebre en el país, miembro de la Academia Colombiana de la Lengua y perteneciente a una generación anterior. También tendría que haberse informado de que en Antioquia, escribe desde hace más de treinta años Rocío Vélez de Piedrahíta, a quien ni siquiera menciona en su índice general. Por último, debemos añadir que, al abordar las escritoras costeñas, Luisa Ballesteros se inspira en el ensayo de Jacques Gilard, que interpreta incorrectamente. ¿No se percata acaso de que, en vez de admirarlas y considerarlas, Gilard denuncia su provincialismo y sus banalidad, reivindicando en cambio

2 Sobre las escritoras neogranadinas del siglo XIX ha escrito sobre todo Ángela Robledo, que les dedica un capítulo muy bien documentado en el libro *¿Y las mujeres?*, Ángela Robledo, María Mercedes Jaramillo, Flor María Rodríguez Arenas (Universidad de Antioquia, 1991). Ángela Robledo publicó en 1994 un libro de y sobre Jerónima Nava, *Autobiografía de una monja venerable* (Cali, Universidad del Valle, 1994). Con respecto al siglo XIX y a Juana Manuela Gorriti, sorprende que Luisa Ballesteros no le haya dado tanta importancia como a Clorinda Matto y a Mercedes Cabello, a quienes Gorriti conoció y con quienes colaboró en diversas publicaciones limeñas. Sobre la vida y obra de esta notable escritora, véase: *Juana Manuela, mujer hecha*, de Martha Mercader, Planeta, Barcelona, 1983. Y sobre su contemporánea colombiana Soledad Acosta, véase: *Soledad Acosta de Samper, una nueva lectura*, de Monserrat Ordóñez, Fondo Cultural Cafetero, Bogotá, 1988.

la seriedad profesional de la barranquillera Marvel Moreno, cuya obra falta en esta antología? (Como faltan las de narradoras jóvenes —por ejemplo Ana María Jaramillo y Laura Restrepo— que escriben sobre la guerra sucia y el narcotráfico).

Más adelante, volviendo al Cono Sur, Luisa Ballesteros se dedica a defender contra críticos recalcitrantes a valiosas autoras como Armonía Somers, y tan exitosas como Isabel Allende, que le parece un caso excepcional por su talento y por su compromiso en contra de la dictadura chilena. Pero, nos atrevemos a preguntar: ¿no se compromete igualmente Ana Vázquez? Sin embargo, Luisa Ballesteros no cita su obra, ni concede a la uruguaya Cristina Peri Rossi más que un par de páginas apresuradas. ¿Falta de tiempo? ¿Falta de espacio? Verdad, se diría que a Luisa Ballesteros se le van agotando el tiempo y el espacio hacia el final de su libro. Fatalmente, la última parte, consagrada a Centroamérica y el Caribe, constituye casi un catálogo de nombres, títulos y fechas. Si Claribel Alegría y Gioconda Belli representan bien a Nicaragua y Claudia Lars a El Salvador, Carmen Naranjo de Costa Rica merece unas pocas líneas, que ni siquiera concede a congéneres de la dimensión de Yolanda Oreamuno o Eunice Odio. Poetisas como la dominicana Aída Cartagena y la cubana Dulce María Loynaz absorben mayor atención, pero de Cuba sigue ausente el nombre de Nancy Morejón y de Guatemala el de Ana María Rodas. En cuanto a Puerto Rico, grandes figuras del pasado como Julia de Burgos, o del presente como Rosario Ferré, quedan apenas consignados en el índice.

Citando a Jean Franco en su conclusión, Luisa Ballesteros se refiere a la muy extensa producción literaria femenina y a “la extrema variedad y multiplicidad de pistas seguidas y de caminos a veces contradictorios”. Quizás a esa configuración laberíntica se deban los tropiezos de quien intentó asumir una tarea tan ímproba que le fue difícil evitar tanteos metodológicos y detenerse en análisis semánticos o enfoques hermenéuticos propios. Sobra decir, para concluir, que este libro ignora o elude las disciplinas que ha asumido la crítica literaria en los últimos años. Tanto la semiología estructuralista, como la deconstrucción posmodernista le son ajenas. Tampoco hay indagación en el *parler femme*, o en la llamada ginocrítica. Editado en París como estudio general de las letras femeninas latinoamericanas, puede constituirse en una fuente de información para el público francófono, pero corre el riesgo de ser demasiado superficial para el lector universitario y demasiado didáctico para el lector de la calle. De ser traducido al español, tememos que no aporte mucho con

respecto a lo que ya se ha publicado sobre estos temas. Esperamos, sin embargo, que el entusiasmo de Luisa Ballesteros —autora, al parecer, de un poemario y de una novela— pueda llevarle más adelante a un compromiso realmente serio como investigadora y ensayista. Al fin y al cabo, una tesis doctoral es solamente la primera etapa. Y, para entonces, ella ya sabrá que como dice el refrán: quien mucho abarca poco aprieta.



Fernando Vallejo, *La Virgen de los sicarios*

Santafé de Bogotá: Alfaguara, 1994, 142 págs.

María Mercedes Jaramillo
Fitchburg State College

Esta novela recrea la vida de los sicarios, a la vez que muestra un descarnado panorama de la violencia que afectó a Medellín durante el auge del cartel dirigido por Pablo Escobar. Fernando, narrador de la novela, es un homosexual viejo y conservador, de espíritu elitista, que se dedica a la gramática y que regresa a su ciudad natal después de largos años de exilio, en busca de amantes adolescentes y en espera de la muerte. Con humor cáustico describe la ciudad y sus habitantes, nada escapa a su afán desacralizador y a su mirada crítica. La prosa sarcástica con la que describe un mundo despojado de ilusiones y sin falsas idealizaciones, aterra. Lucidez y cinismo marchan de la mano en las obras de Fernando Vallejo. El humor negro, las escenas grotescas, el estilo corrosivo, el insulto, la crueldad y la impunidad y gratuidad de los crímenes tienen como objetivo molestar al lector de buena conciencia; escandalizar a los “buenos ciudadanos” que ven las desdichas de los otros como algo ajeno y, tal vez, merecido.

Su obra no presenta teorías, soluciones, discursos moralistas o mesiánicos que ayuden al lector a asimilar los hechos y recobrar la fe o la esperanza de un futuro mejor. Desmitifica héroes, denuncia las falacias de la religión, insulta a los políticos, profana los ideales humanistas, se burla de las miserias propias y de las ajenas para hacernos participar de su despiadada lucidez. La novela es un *roman à clef* que nos permite identificar a presidentes, expresidentes, políticos, jercas de